

## LA ECONOMÍA DE LA DESCOLONIZACIÓN

La Segunda Guerra Mundial asestó un golpe mortal al imperialismo europeo. Las Filipinas, las Indias Orientales holandesas, la Indochina francesa y Birmania y Malasia, británicas, cayeron bajo el control temporal de Japón. En los demás lugares de Asia y África, la derrota de Francia, Bélgica e Italia y el esfuerzo bélico que emprendieron los británicos dejaron a sus colonias entregadas a su suerte. Algunas proclamaron su independencia inmediatamente; otras vieron el nacimiento de partidos independentistas que luchaban contra el gobierno colonial. La consigna de los aliados occidentales durante la guerra, demandando libertad y democracia en todo el mundo, fortaleció a los movimientos independentistas poniendo de relieve las contradicciones entre los ideales occidentales y las realidades del colonialismo, y minó asimismo la voluntad europea de dominar otros países y pagar por ello un alto precio desde un punto de vista económico. En los años inmediatos de postguerra las potencias imperiales recuperaron temporalmente el control en la mayoría de sus primitivas colonias, pero la debilidad causada por la guerra, la creciente fuerza de los movimientos independentistas nativos y la ambigua actitud de los Estados Unidos condujeron a un abandono gradual del control imperial. En algunas zonas coloniales se iniciaron guerras de independencia contra sus antiguos amos. De mejor o peor grado, las potencias optaron por abandonar sus dominios, antes que afrontar los costes y riesgos de una guerra.

Cuando Gran Bretaña concedió la independencia al subcontinente indio en 1947, surgieron no una nación, sino dos —y después una tercera y una cuarta—. India y Pakistán, la primera con una población entre la que predominaba la religión hindú y la segunda mayoritariamente islámica, adquirieron su independencia el 15 de agosto de 1947. Al año siguiente la isla de Ceilán también obtuvo la independencia, rebautizándose con el nombre de Sri Lanka en 1972. Al constituirse Pakistán, estaba dividido en dos partes separadas geográficamente: el Pakistán Occidental, de habla urdu, vertebrado por la cuenca del Indo, y el Pakistán Oriental, de habla bengalí, al otro lado de la India, atravesado por el Ganges. Pese a ser inferiores en número, los pakistaníes occidentales dominaron políticamente a los orientales hasta 1971, en que estos últimos se rebelaron y establecieron el Estado independiente de Bangladesh. Los cuatro países tenían una población muy densa, recursos naturales pobres y escasos y bajos niveles de alfabetización. Son países, asimismo, propensos a disturbios raciales y religiosos y gobiernos inestables, a menudo dictatoriales. La mayor parte de la mano de obra se dedica a una agricultura de baja productividad. No sorprende, pues, que todos estos países sean extensamente pobres. India es la menos desafortunada. En las décadas de 1960 y 1970 aprovecharon la «revolución verde» de la agricultura y en la

actualidad prácticamente es autosuficiente en cuanto a producción de alimentos se refiere. También tiene más industria que los otros. Ninguno de estos países es un Estado doctrinal socialista, pero en todos el gobierno desempeña un papel sustancial en la economía.

Birmania, gobernada antes de la guerra como parte de la India británica, obtuvo su independencia de Gran Bretaña en 1948, Indonesia de los holandeses en 1949 y Laos y Camboya, junto con Vietnam del Norte, de los franceses en 1954. En 1963 las que fueran colonias de la Corona, Singapur, Sarawak y Borneo del Norte se unieron a la Federación Malaya como Federación de Malasia, dominio autónomo dentro de la Commonwealth; pero en 1965 Singapur, con una población mayoritariamente de origen chino, se retiró de la Federación y se convirtió en una república independiente. Las Filipinas, que llevaban esperando la independencia de Estados Unidos desde antes de la Segunda Guerra Mundial, se hicieron realmente independientes el 4 de julio de 1946 como República de Filipinas. Todos estos países, excepto Singapur, tienen muchas características comunes, además del clima y la topografía. Todos son predominantemente rurales y agrícolas, con mano de obra dividida entre explotaciones de subsistencia y plantaciones para la exportación. Algunos tienen también minerales estratégicos valorados en los mercados mundiales: Indonesia tiene petróleo y Malasia estaño. Todos tienen un bajo índice de alfabetización y altas tasas de crecimiento de población. Aunque teóricamente son repúblicas, son democracias débiles; la mayoría han padecido períodos prolongados de dictadura y son sumamente pobres. Singapur, sin embargo, está altamente urbanizada y alfabetizada y es relativamente rica. Situada en la confluencia de importantes rutas comerciales, ha desarrollado, como Hong Kong, una refinada economía, con el comercio como pilar básico, los servicios bancarios y financieros que éste lleva anexos e incluso alguna industria.

El mapa político de África al final de la Segunda Guerra Mundial difería poco del de los años de entreguerras. Las potencias imperiales del pasado gobernaban todavía casi todo el continente. Aparentemente, los trascendentales acontecimientos de las dos décadas previas parecían haber tenido poco efecto. Bajo la superficie, sin embargo, se habían puesto en movimiento poderosas corrientes de cambio que en las dos décadas siguientes alterarían completamente la faz del continente.

La antigua colonia italiana de Libia fue la primera nación africana que obtuvo la independencia. Las Naciones Unidas tomaron la decisión en 1949, y el nuevo Estado comenzó su vida política a finales de 1951 como una monarquía constitucional. Con su escasa población, su aparente falta de recursos naturales y su atrasada economía, el futuro de la nueva nación estaba lejos de ser prometedor, pero las subvenciones occidentales le ayudaron a sobrevivir hasta que se descubrió el petróleo que fortalecería su economía. En 1969 una junta militar formada por jóvenes oficiales derrocó al anciano rey pro occidental estableciendo una república nacionalista árabe

que en la década de los ochenta propició e instigó el terrorismo internacional.

El protectorado de Gran Bretaña sobre Egipto terminó formalmente en 1922, pero aquélla mantuvo el control de los asuntos militares y de política exterior. En 1952 una junta militar derrocó a un gobierno títere, manejado por los británicos y caracterizado por su indolencia y hedonismo, instaurando una dictadura militar bajo el disfraz de república. En 1956 el dictador forzó la salida de las últimas tropas británicas, que guardaban aparentemente el canal de Suez, y poco después éste fue nacionalizado. A su vez, los egipcios, que tanto insistían en la independencia total, quisieron conservar el control de Sudán, que habían administrado conjuntamente con los ingleses. En un plebiscito en 1955, sin embargo, los sudaneses votaron mayoritariamente a favor de una república independiente, que proclamaron el 1 de enero de 1956. Con una gran superficie, pocos recursos y una población casi totalmente analfabeta, Sudán ha sido incapaz de establecer una democracia o bases económicas y ha sido gobernada por una serie de regímenes militares.

El norte de África francés tuvo que llevar a cabo una larga y difícil lucha por la independencia. Túnez y Marruecos habían conservado sus gobiernos tradicionales bajo el dominio francés. En cambio, Argelia, donde los franceses llevaban establecidos más de cien años y que contaba con más de un millón de habitantes de origen europeo (aproximadamente una décima parte de la población), en ciertos aspectos se consideraba parte de Francia. Tras la guerra se desarrollaron en los tres países fuertes movimientos nacionalistas y panárabes. El gobierno francés respondió a ellos con concesiones, nominales para Túnez y Marruecos, pero intentó integrar Argelia a Francia con más firmeza. Ninguna de las dos políticas funcionó.

Francia acabó concediendo la independencia total a Túnez y Marruecos, pero reforzó su control sobre Argelia. Los argelinos replicaron con una guerra de guerrillas intensiva que comenzó en 1954, y en la que a menudo se dieron actos de terrorismo tanto contra la población europea como contra los colaboradores argelinos. Incapaz de localizar y destruir a los líderes rebeldes, frecuentemente refugiados en otros países árabes, el ejército francés respondió con su propio terrorismo. El gobierno de París no dio un total apoyo al ejército, pero tampoco ejerció un control estricto sobre él. En mayo de 1958, enfrentado con la amenaza de un golpe de Estado por parte del ejército, el gobierno de la cuarta República francesa abdicó sus poderes en el general De Gaulle, que prácticamente asumió un poder dictatorial. Al principio De Gaulle pareció intentar conservar a Argelia como parte de Francia, pero, tras varios años de derramamiento de sangre e infructuosos intentos de alcanzar un acuerdo con los líderes argelinos para la autonomía dentro de la «Comunidad Francesa», en 1962 accedió a conceder la independencia total.

Los tres países norteafricanos eran predominantemente agrícolas, con un tipo de agricultura mediterránea (cereales, aceituna, cítricos, etc.); pero poseen también importantes yacimientos minerales. En particular, los depósitos de petróleo y de gas

natural de Argelia, descubiertos poco después de la independencia, le han proporcionado los medios necesarios para desarrollar la industria y para desempeñar un papel en el mundo de la política. Antes de su independencia, los tres países tenían un comercio orientado a Francia, y esa tendencia continuó, si bien un acuerdo comercial con la Comunidad Europea en 1976 amplió sus mercados exteriores. Argelia exporta hoy gran parte de su gas natural a los Estados Unidos.

A principios de la década de 1950, la mayoría de los observadores suponían que haría falta una generación o más para que los pueblos negros de África occidental y central obtuvieran la independencia; sin embargo en una década habían surgido más de una veintena de naciones nuevas procedentes de los imperios británico, francés y belga. La fuerza de los movimientos de independencia nativos contribuyó sólo parcialmente a este sorprendente desarrollo. Igualmente importantes fueron las dificultades internas de las potencias imperiales, poco dispuestas a soportar el alto coste (económico, político y moral) de continuar gobernando pueblos extraños en contra de su voluntad. Una vez que hubo comenzado el proceso de emancipación, continuó como una reacción en cadena. Cada nuevo día de independencia precipitaba otra emancipación.

Después de la Segunda Guerra Mundial el gobierno británico optó por ayudar a sus protecciones africanas a prepararse para el futuro autogobierno y así evitar costosas guerras coloniales y la pérdida total de los beneficios del imperio. Empezó estableciendo más escuelas, creando universidades y abriendo el servicio civil a los africanos. En 1951 Costa de Oro y Nigeria lograron cierta autonomía local, siendo la intención británica conceder más, quizá al cabo de algunas décadas. No obstante, en Costa de Oro, Kwame Nkrumah, un notable líder político, exigió la independencia inmediata y se mostró decidido a obtenerla incluso desde su celda en la prisión. Antes de correr el riesgo de una revuelta con todas las de la ley, los británicos accedieron a casi todas las exigencias de Nkrumah y en 1957 surgió el Estado de Ghana (nombre proveniente de un imperio africano medieval) como la primera nación negra de la Commonwealth británica. Ghana se incorporó asimismo a las Naciones Unidas. Con este precedente, Nigeria consiguió su independencia en 1960 y otras posesiones británicas siguieron el ejemplo en años posteriores.

Paradójicamente, las primeras colonias de África que consiguieron la independencia total estaban entre las menos avanzadas económica y políticamente. Como estaban pobladas casi enteramente por africanos negros, no se dio el problema de las minorías blancas. Sin embargo, en África oriental y las Rhodesias los colonos británicos habían adquirido vastas extensiones de terreno y disfrutaban de un autogobierno local importante. Privados de derechos políticos' y de oportunidades económicas, los africanos constituían mayorías hoscas y rebeldes que recurrieron en ocasiones a la violencia, como el terrorismo del Mau Mau en Kenia durante la década de 1950.

En 1965 Gran Bretaña había concedido la independencia a todas sus colonias

africanas excepto a Rhodesia del Sur (o Rhodesia a secas, como se la conoció después de que en 1964 Rhodesia del Norte se convirtiera en Zambia). Esta excepción se debió a la negativa de la población blanca de Rhodesia a conceder a sus conciudadanos negros, quienes los sobrepasaban en número, sus mismos derechos. En 1965 el gobierno del primer ministro Ian Smith, dominado por los blancos, hizo una declaración unilateral de independencia, la primera en el imperio británico desde 1776. Las Naciones Unidas intentaron aplicar sanciones económicas, pero Rhodesia, con ayuda de Sudáfrica y Portugal, consiguió resistir durante varios años. Finalmente, en 1979, tras unas elecciones libres, la mayoría negra triunfó y rebautizaron el país con el nombre de Zimbabwe.

A continuación la constitución de la quinta República francesa en 1958, De Gaulle ofreció a las colonias francesas, excepto Argelia, la opción de independencia inmediata o autonomía dentro de la nueva Comunidad Francesa, con el derecho a segregarse en cualquier momento. Aunque De Gaulle se dio cuenta de que probablemente sería imposible retener las colonias contra su voluntad, esta oferta notablemente generosa marcó un agudo contraste con los desatinos, la obstinación y la falta de realismo que caracterizaron la anterior política colonial francesa. De las quince colonias en el África negra (incluida Madagascar), sólo Guinea, liderada por el comunista Sekou Touré, eligió la independencia. Las demás organizaron sus propios gobiernos, pero permitieron a Francia conservar el control de la defensa y la política exterior, a cambio de ayuda económica y técnica. En 1960 un cambio constitucional les concedió la independencia total al tiempo que privilegios económicos especiales, privilegios que, en 1963, en la Convención de Yaoundé extendieron todos los miembros de la Comunidad Europea.

El repentino logro de libertad de las colonias francesas incitó al disturbio y al pillaje a los súbditos del Congo belga, que hasta entonces habían permanecido tranquilos, y les llevó a exigir un tratamiento similar. Los belgas no habían previsto que el Congo tuviera autogobierno, y mucho menos que se independizara. Los disturbios les cogieron por sorpresa, pero a principios de 1960 el gobierno belga decretó que el Congo fuese independiente el 30 de junio. Se prepararon unas elecciones precipitadas, se redactó una constitución y los congoleños, en su mayoría analfabetos y sin haber votado nunca, fueron llamados a elegir todo un equipo de funcionarios de gobierno. Cuando llegó el día, muchos de ellos esperaban que, por arte de magia, su nivel de vida se elevaría al nivel de que disfrutaban sus anteriores amos. Con la decepción, volvieron al pillaje y a la destrucción incontrolada. El ejército congoleño se amotinó, los grupos políticos rivales se atacaron entre sí y la provincia de Katanga, rica en minerales, intentó escindirse de la nueva nación. El gobierno central pidió ayuda a las Naciones Unidas para restaurar el orden, pero la rebelión y los brotes de violencia salvajes continuaron esporádicamente. No fue hasta 1965 cuando un dictador militar, el general Mobutu, consiguió restaurar el orden. Después de consolidar su poder,

cambió el nombre de su país por el de República del Zaire.

A mediados de la década de 1960 las antiguas potencias coloniales europeas, excepto Portugal, habían concedido la independencia a casi todas sus colonias en Asia y África. Portugal rechazó con desdén todas las sugerencias de preparar a sus colonias para una liberación posterior. En 1974, no obstante, un golpe de Estado en Portugal derrocó el régimen dictatorial y el nuevo gobierno no tardó en negociar la independencia de sus colonias africanas, Angola y Mozambique. En Angola luchaban por el poder tres grupos rivales. Uno de ellos, respaldado por la Unión Soviética, consiguió 20.000 soldados cubanos, financiados y armados desde Rusia, para reforzar su pretensión de convertirse en gobierno legal.

Aunque el colonialismo estaba muriendo, si no lo estaba ya, dejó un legado deplorable. Con pocas excepciones, reducidas principalmente a las zonas de asentamiento europeo, las nuevas naciones eran enormemente pobres. En tres cuartos de siglo de colonialismo las naciones de Europa habían extraído grandes fortunas en minerales y otros productos, pero compartieron poco de su riqueza con los africanos.

Sólo al final algunas potencias coloniales intentaron educar a sus súbditos o prepararlos para un autogobierno responsable. Sin embargo, la mayoría de las nuevas naciones intentaron cuando menos adoptar formas democráticas, y algunos hicieron el esfuerzo incluso por conseguir una verdadera democracia. Como en otros lugares del mundo, no existían bases sociales y económicas para una democracia estable y viable. Muchas colonias sucumbieron a gobiernos de un solo partido, a menudo influidas por los comunistas rusos o chinos. Otras fueron víctimas de la anarquía y la guerra civil, durante las cuales miles de civiles inocentes, especialmente niños, murieron de desnutrición, enfermedad o víctimas de la violencia bélica. La mayoría de los gobiernos de las nuevas naciones se caracterizaron por su ineficacia y corrupción. Siquiera cuando sus intenciones fueron buenas, pocos tuvieron los recursos, especialmente en capital humano, para conseguir hacerlas realidad.

Rondo Cameron, *Historia económica mundial: desde el paleolítico hasta el presente*, pp. 439-444.